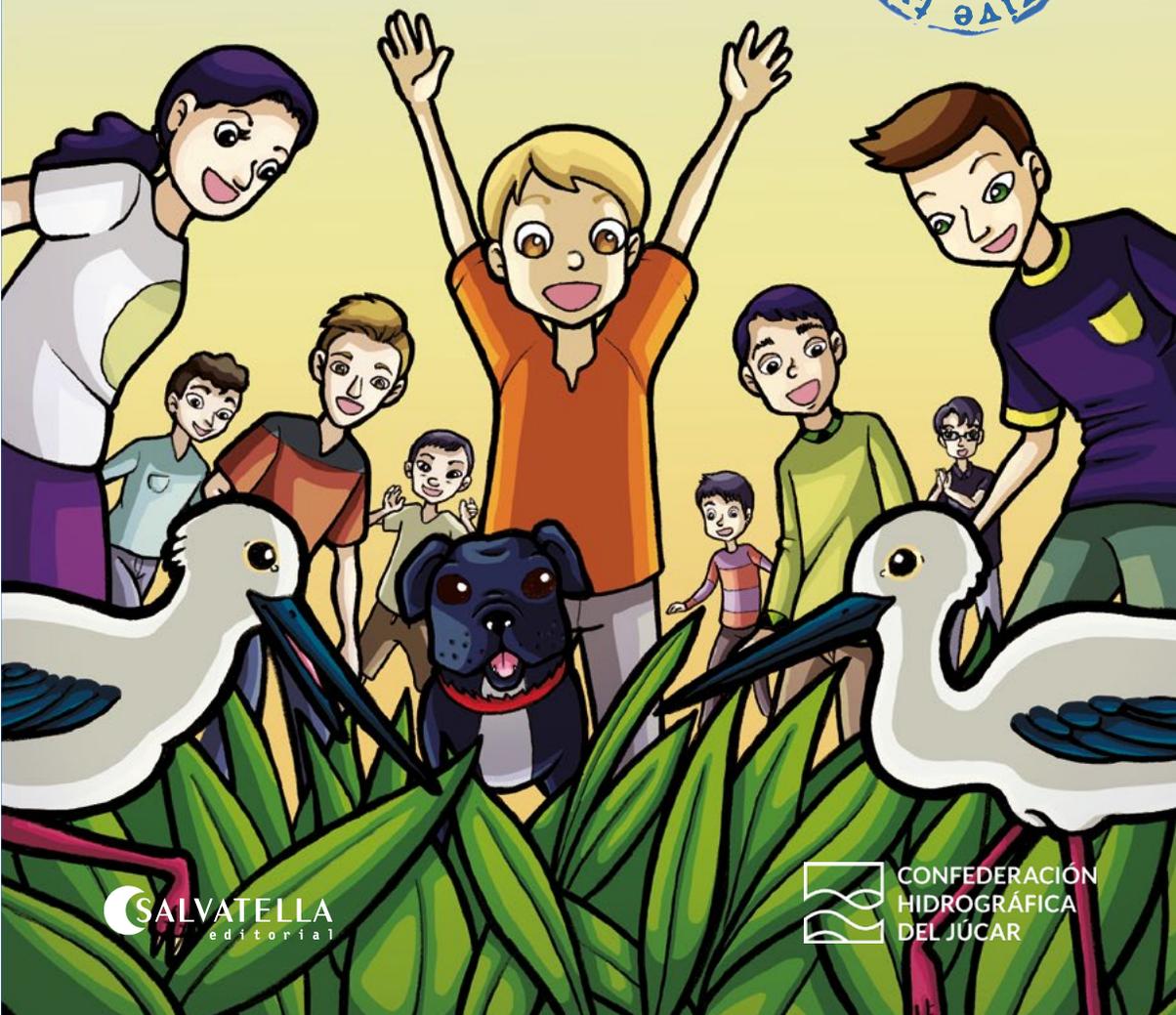


Susana Monge Sevilla - Noemí Fernández Selva - Cristina Aguilera

Las aventuras del equipo Moli

EL RÍO

vive tu
eco-aventura
vive tu



 **SALVATELLA**
editorial



**CONFEDERACIÓN
HIDROGRÁFICA
DEL JÚCAR**

Las aventuras del equipo Moli

EL RÍO



Susana Monge Sevilla

Noemí Fernández Selva

Cristina Aguilera

 **SALVATELLA**
editorial

 CONFEDERACIÓN
HIDROGRÁFICA
DEL JÚCAR

El equipo Moli estaba formado por ocho niños, una niña y Estrellita, una perra divertida que siempre los acompañaba. Se conocían desde muy pequeños y quedaban a menudo para jugar después del colegio. Como compartían mucho tiempo juntos, decidieron que estaría bien encontrar un nombre que les identificara.

—¿Alguien quiere proponer algo? —preguntó Fatna.

—Yo he pensado en que podríamos llamarnos "equipo Moli" —dijo Alain—. Vivimos en el barrio del Molino Nuevo y somos el único grupo de niños por aquí.

A todos les encantó la idea, así que la propuesta ganó por mayoría absoluta.

El molino que daba nombre al barrio era de todo menos nuevo. Se construyó al lado del río para poder funcionar aprovechando el movimiento del agua, pero con la llegada de la electricidad ya no fue necesario su uso, así que pasó a ser un edificio antiguo que nadie visitaba. Bueno, nadie excepto nuestros amigos, que habían establecido en el interior su campamento base.





Una de las cosas que más les gustaba hacer era explorar lugares desconocidos. Una mañana de vacaciones de verano estaban todos reunidos en el molino cuando Eloy propuso ir a dar un paseo por el río:

—Nunca hemos seguido caminando más allá del puente. Podríamos ver hasta dónde llega el agua.

Todos asintieron ilusionados y se pusieron en marcha enseguida.

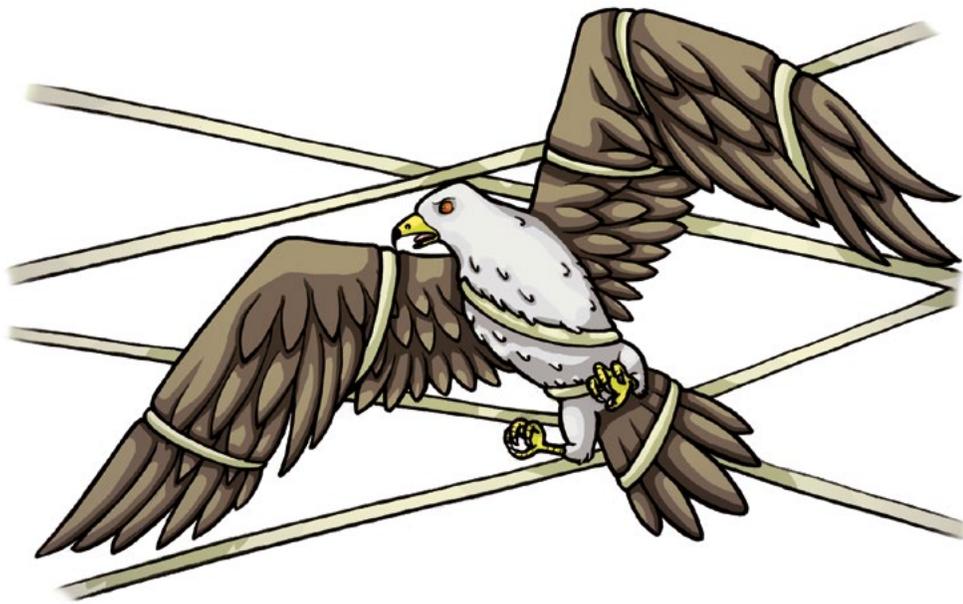
Después de pasar por debajo del puente, todo a su alrededor era un misterio. Estrellita iba la primera, olisqueando el terreno con entusiasmo. El resto del grupo la seguían por el sendero sin perderla de vista.

De pronto, oyeron un grito extraño, aterrador. Estrella salió disparada hacia aquel sonido. Se acercaron poco a poco y se quedaron petrificados. Estaban delante de un entramado de cuerdas en forma de telaraña entre dos árboles.

Lo habían utilizado para jugar a "Pasa la Araña" durante los campamentos, pero no lo habían retirado. En aquella red se había quedado atrapado un azor que, de tanto moverse, se había roto un ala.

—¿Qué hacemos? —dijo Pol—. ¿Intentamos salvarlo nosotros o llamamos para que vengan a ayudarlo?

- Si quieres que los niños se acerquen al azor e intenten liberarlo, sigue leyendo en la página 6.
- Si piensas que lo mejor sería llamar a un profesional para que ayude al azor, sigue leyendo en la página 7.



Bilal exclamó:

–¡Vamos a liberar al azor!

Riad, Eloy y Ahmed caminaron en dirección al animal gritando:

–¡Eso! ¡Vamos a sacarlo del enredo!

Generaron tal estruendo que el ave empezó a moverse agitadamente.

–¡Parad! ¡Silencio! –dijo Alain–. Se está poniendo muy nervioso. Yo creo que no le gusta que nos acerquemos tanto.

–Se mueve mucho. Como no se tranquilice, se va a hacer más daño –observó Bilal.

El azor seguía revolviéndose entre las cuerdas.

–¡Y nos puede arañar! ¿Intentamos alejarnos sin hacer ruido, a ver qué hace? –propuso Joaquín.

En cuanto volvió a haber silencio, el ave se tranquilizó.

• Pasa a la página siguiente.

–Yo creo que deberíamos llamar a alguien que sepa lo que hay que hacer –susurró Abde.

–El año pasado nos explicaron en clase que el 112 es el número de emergencias –recordó Pol.

–¡Esto es una emergencia! Llevo el móvil encima. Me voy a alejar un poco más para llamar –dijo Abde.

El resto del equipo se sentaron sigilosamente a esperar.

Al poco rato apareció de nuevo Abde, acompañado de una mujer joven que vestía uniforme verde. Llevaba una toalla en una mano y una caja de cartón con agujeros en la otra.





–Hola chicos, soy Susana, agente medioambiental –se presentó–. Esperad aquí en silencio mientras ayudo al azor.

Susana se acercó al pájaro y, con mucho cuidado, lo envolvió en la toalla y lo metió en la caja. Su actitud y movimientos seguros hicieron que el rescate pareciera fácil.

–Habéis hecho muy bien al llamar al 112 –comentó acercándose a ellos–. Los animales tienen el sentido del oído muy desarrollado y se ponen muy nerviosos con los ruidos. Si lo hubierais intentado tocar os habría podido hacer daño.

–Pero a ti no te ha hecho nada... –dijo Fatna.

–A mí no me ha dañado porque ya se había tranquilizado. El azor es un animal salvaje y es mejor que lo rescate un profesional, pero ahora que me habéis visto, si alguna vez encontráis atrapado un animal más pequeño que no dañe, ya sabéis cómo hacerlo.



Alain se dio cuenta de que nadie se acordaba del enredo de cuerdas:

—¿Qué hacemos con las cuerdas? Es un peligro dejarlas aquí...

—¡Cierto! Ayudadme a sacarlas en silencio, por favor. Las devolveré a los monitores del campamento y les explicaré qué ha pasado.

Todos los niños colaboraron y se despidieron de Susana, que se marchó con el azor para llevarlo a un Centro de Recuperación donde curarlo y, una vez rehabilitado, liberarlo en su medio natural.





Continuaron su expedición contentos por haber ayudado a un animal que estaba en apuros. Caminaron unos metros siguiendo el curso del río. Unos pasos más adelante, Estrellita empezó a mover la cola y a correr veloz hacia lo que parecía un pequeño prado de flores blancas y azules.

Todos fueron tras ella, esperando encontrar un sitio tranquilo donde descansar y desayunar. Pero, al llegar allí, en lugar de flores hallaron cientos de trozos de plástico que se habían apoderado de las hierbas. Eran restos de bolsas rotas esparcidos por todos lados.

De repente, Fatna gritó:

—¡Mirad! ¡Allí hay un montón de pájaros!

Efectivamente, parecía que unos cuantos pájaros de colores estaban picoteando entre las hierbas. Se acercaron con sigilo, pero cuando estuvieron a pocos metros, la sorpresa fue tremenda:

—¡Pero si son botellas y latas oxidadas! —dijo Joaquín con cara de asombro.

Se sentaron en la orilla del río un poco desilusionados y cansados por el calor.

—¿Os apetece daros un baño? —propuso Riad.



Se metieron en el agua sin pensárselo dos veces.

—¡Qué fresquita está! —exclamó Bilal—. ¡Venga, venid a jugar con nosotros!

Todos se zambulleron en el agua. Todos menos Joaquín, que se había quedado en la orilla distraído mirando unos juncos.

—¡Au! —gritó Ahmed—. Me he chocado con algo.

—¡Mirad! ¡Es un saco lleno de botellas de plástico! —informó Eloy.

Sí, en el fondo del río alguien había dejado un saco con un montón de botellas y tetrabriks repletos de tierra.

—¿Qué hacemos con esto? —preguntó Fatna.

- Si quieres que el equipo Moli no toque el saco y lo deje donde lo ha encontrado para seguir jugando, sigue leyendo en la página 16.
- Si crees que el equipo Moli debería coger el saco y dejarlo en la orilla, sigue leyendo en la página 17.
- Si piensas que podrían sacarlo y explorar lo que contiene el saco, sigue leyendo en la página 18.



—Pues apartarnos para no chocarnos. ¡Vamos un poco más arriba y así no nos haremos daño! —propuso Riad.

Y siguieron jugando sin pensar más en aquel saco lleno de envases y arena mojada.

Joaquín se los quedó mirando pensativo.

—¿Por qué no juegas, Joaquín? ¡Ven, pásanos la pelota! —le propuso Pol con el agua hasta la cintura.

—Es que estoy pensando que, si no sacamos este saco, va a pasar lo que nos explicaron en el cole.

Todos se lo quedaron mirando con atención. Joaquín continuó hablando:

—¿No os acordáis? En el río, el plástico se degrada y se rompe en trocitos que los peces se comen porque los confunden con otros animalitos y plantas. Entonces enferman y mueren...

• Sigue en la página 17.



—¿Qué quieres hacer? —preguntó Eloy.

—Debe pesar una tonelada, pero podríamos intentar sacarlo entre todos...

Los niños unieron sus fuerzas para cargar con el saco. Entre todos consiguieron llevarlo hasta la superficie.

—¡Aquí se queda! —dijo Ahmed sacudiéndose las manos—. Venga, vamos a seguir jugando.

—¡Un momento! —alertó Riad—. ¿No os habéis dado cuenta de que lo hemos sacado en un sitio en el que nos molestaba y lo hemos dejado en otro lugar en el que molesta a la naturaleza? Este saco no es parte del río ni de su orilla. ¡Hay que hacer algo con él!

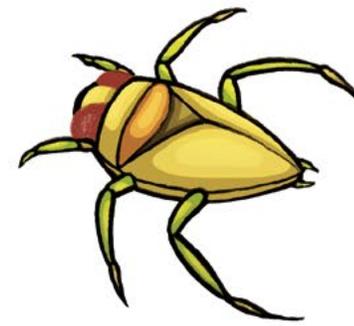
• Sigue en la página 19.

–Podemos sacarlo entre todos y explorar lo que hay dentro.
¿Quién se apunta? –propuso Alain.

–¡Yo! –gritaron todos al unísono.

El equipo Moli al completo unió sus fuerzas para llevar el saco hasta la orilla.

• Pasa a la página siguiente.



–En la escuela nos enseñaron que en la arena mojada viven un montón de animales invertebrados –recordó Ahmed–. ¡Vamos a vaciar los recipientes y a ver qué descubrimos!

¡Dicho y hecho! Cogieron todos aquellos envases y vaciaron en la orilla toda la tierra que guardaban en su interior. Los habitantes de aquel microecosistema no tardaron en dejarse ver.

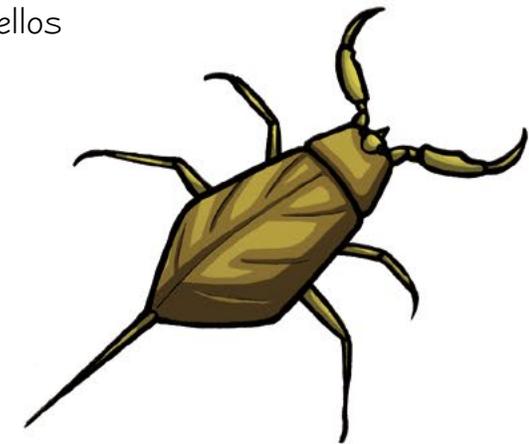
–¡Un barquero de agua!

–¡También escorpiones de agua!

¡Y estos,
mira estos!
¿Qué son?

–¡Caramba, triops!

¿Alguien sabe qué comen, si estaban bajo el agua?



Como Abde llevaba el móvil en su mochila, hizo una búsqueda rápida y pudo contestar a la pregunta:

—Aquí dice que los barqueros son grandes depredadores, omnívoros, se alimentan de peces pequeños, renacuajos, todo lo que caiga en el agua. ¡Es un insecto increíble! Además, si lo acorralas o lo molestas, puede reaccionar con un doloroso mordisco. No es venenoso pero duele... ¡Vaya, como cuando molestas a tu hermano!

"No es venenoso, pero duele..." Los niños miraron atentamente a Abde y rompieron en carcajadas... ¡Vaya comparación! Pero cuánta razón tenía... Admiraron al barquero por su comportamiento tan parecido "al humano".

Dedicaron un buen rato a observar toda aquella biodiversidad que habían encontrado, y dejaron a los animales en su zona natural para que pudieran hacer sus casas.

Con la arena mojada construyeron un castillo en la orilla. Al final, también la tierra volvía a su lugar de origen.

Bilal se quedó mirando el montón de envases y el saco vacío.

—No nos podemos olvidar de todos estos recipientes.

—Habrá que llevarlos al contenedor amarillo para que se puedan reciclar —dijo una voz grave y profunda.



Un hombre de barba blanca y pelo canoso estaba de pie frente a ellos. La expresión de su cara transmitía cordialidad y sus labios dibujaban una sonrisa amplia. Llevaba en la mano un cesto lleno de verduras y con la otra acariciaba la cabeza de Estrellita.

—Me llamo Rafael y ese de allá es mi huerto. ¿Qué os ha traído por aquí, chicos? perdón, y chica.

Riad contestó:

—Hemos salido de excursión para conocer esta parte del río, pero no nos esperábamos encontrarnos toda esta basura.

—Ya veo que no os ha gustado mucho. Por lo menos, vosotros os habéis dado cuenta de lo contaminado que está.

—La gente pasea y ya no lo ve. Los plásticos y las latas forman parte del paisaje —el señor Rafael hizo una pausa para respirar profundamente—. Hay personas que pasan por aquí y que hacen ver que no sucede nada, como si toda esta suciedad también fuera naturaleza. La mayoría de los desechos son muy resistentes y no se descomponen con facilidad, así que pueden permanecer décadas si nadie los recoge.



—¿Y cómo ha llegado hasta el río toda esta basura? —se interesó Bilal.

Rafael continuó hablando:

—Algunas cosas las arrastra la corriente del agua. Cuando llueve, el río aumenta su caudal y entonces destroza los huertos y las chabolas que encuentra a su paso, llevándose todo por delante. Otras cosas las dejan aquí algunas personas en lugar de llevarlas al centro de recogida selectiva. A lo mejor creen que el río es un vertedero.

Observaron con atención el entorno que les rodeaba. De los árboles colgaban pedazos de telas y cartones que el viento había desplazado hasta las ramas; había trozos de vidrio esparcidos por todos lados, como si ya nadie recordara que alguna vez habían sido botellas, y tapones, cuerdas y hierros llenaban el espacio sin orden aparente.



A su derecha, algunas personas habían aprovechado el terreno para cultivar huertos.

—Pero esto no puede quedarse así. Alguien debería limpiarlo —dijo Ahmed.

—Cuando yo era joven no se generaba tanta basura. Estábamos acostumbrados a reutilizar los objetos y utensilios. Íbamos al mercado y nos rellenaban las botellas de aceite y de leche una y otra vez. También comprábamos a granel y no teníamos tantas bolsas de plástico. Pero ahora, todo lo que la gente no quiere acaba en el río —se lamentó el anciano—. Parece que el río no es de nadie, como si no formara parte de nuestra ciudad.

—¡Pues si el río no es de nadie, el río es nuestro! —exclamó Alain.

—¡Eso, el río es nuestro! —respondieron el resto al unísono.



Todo el equipo estuvo de acuerdo en volver al campamento base y trazar un plan de acción. Alain empezó diciendo:

–Lo primero que deberíamos hacer es separar los residuos según el material del que están hechos: plástico, metal, vidrio, cartón...

Fatna continuó:

–Tendríamos que localizar los contenedores de reciclaje más cercanos. En el azul, podemos tirar todo el papel y cartón; en el verde, el vidrio y cristales, y en el amarillo, los plásticos y las latas.

Enseguida pactaron cómo distribuirse la faena. ¡Para ayudar al río había que ponerse manos a la obra!

Fueron varios días de trabajo duro, pero se demostraron a ellos mismos que realmente eran un buen equipo. Después de agrupar todos los residuos en una zona segura, los clasificaron según el material del que estaban hechos. Poco a poco, los fueron llevando a los respectivos contenedores de recogida selectiva. Aún así, tuvieron que pedir ayuda al señor Rafael para que dejara en el centro de recogida selectiva algunos electrodomésticos viejos que encontraron entre los matorrales.

–Reciclar ahora no es fácil –observó Pol mientras arrastraba un montón de cartones–. Es mejor hacerlo bien desde el principio.





El señor Rafael les felicitó asombrado:

—¡Chicos, buen trabajo! Hacía mucho tiempo que no veía esta zona tan limpia. El agua vuelve a correr libre sin obstáculos que superar, las flores han vuelto a crecer y los árboles ya no parecen abetos de navidad mal adornados. ¡Estoy impresionado! Ahora todo ha vuelto a su lugar y todos los residuos podrán ser reciclados para volverse a utilizar.

—Todavía nos falta deshacernos de estas maderas —comentó Eloy.

—Si os parece bien, me las voy a quedar yo. Quiero construir un gallinero en el huerto y me van a ir como anillo al dedo. ¿Os apetece ayudarme?

El resto del verano disfrutaron echando una mano al señor Rafael con su gallinero, bañándose en el río y jugando en la orilla. Aprovechaban hasta última hora de la tarde para disfrutar de aquel lugar en el que ahora la naturaleza podía crecer sin impedimentos.

Una tarde, hacia finales de agosto, observaron que una bandada de pájaros picoteaba entre las hierbas.

—¡Esos sí que son de verdad! —dijo Alain, orgulloso.

Y todo el equipo Moli estalló en risas.

FIN



Consideremos a la Tierra como un organismo vivo y en evolución, donde los seres humanos se organizan como una única comunidad, compartiendo la misma morada con otros seres y con otras cosas. Vivamos de manera sostenible.

Escuela de Paulo Freire



Esta historia que acabáis de leer está basada en hechos reales. Son nuestras vivencias, las del equipo Moli, unos chicos y chicas que en su día a día cuidamos a este planeta y, por tanto, a todos los que habitamos en él. Como vosotros y vuestras familias, que parece que pasáis desapercibidos, pero sin vosotros el mundo estaría mucho más enfermo y, por tanto, todos los seres que lo poblamos también.

Por eso hemos publicado este libro, para daros las gracias, niños y niñas, por todo lo que hacéis, por todo lo que veis, por el cuidado y amor que mostráis al planeta. Gracias a vuestras familias, porque con su apoyo todo es mucho más sencillo. Los ríos son las venas de la tierra. La contaminación y el mal uso de las aguas son nuestra realidad, pero también lo es vuestra ayuda desinteresada para solucionar estos problemas con acciones sostenibles.

El equipo Moli os dedica este libro a cada uno de vosotros.



Las aventuras del equipo Moli

EL RÍO

Esta historia, basada en hechos reales, narra las aventuras de un grupo de niños que decide ir a explorar el río. Para su asombro, el equipo Moli se encontrará con algunas sorpresas que les harán vivir experiencias inesperadas. Te invitamos a conocer sus eco-aventuras y a aprender, junto a ellos, la importancia de cuidar a nuestro planeta Tierra.

Al final del libro, podrás divertirte con las actividades propuestas y ampliar información. Si te apetece investigar sobre la naturaleza, saber más sobre sostenibilidad o compartir tus vivencias, entra en nuestra web: www.chj.es.

¡El equipo Moli te está esperando!



Incluido en el programa de divulgación de la Confederación Hidrográfica del Júcar.



MINISTERIO
PARA LA TRANSICIÓN ECOLÓGICA
Y EL RETO DEMOGRÁFICO

Más información en www.chj.es

© Susana Monge Sevilla,
Noemí Fernández Selva

Ilustraciones: Cristina Aguilera

© Editorial Miguel A. Salvatella, S.A.
c/ Sant Agustí, 8. 08012 Barcelona
www.salvatella.com

Primera edición: marzo de 2017
ISBN: 978-84-17091-03-3
Depósito legal: B 4372-2017
Imprime: Inkpres

 **SALVATELLA**
editorial

ISBN 978-84-17091-03-3



9 788417 091033